

## VIGÉSIMA OCTAVA HOMILÍA.

### LO ÚNICO NECESARIO,

#### Ó LA UNION DEL HOMBRE CON DIOS.

*Martha, Martha, sollicita es et turbas erga plurima. Porro unum est necessarium. (LUC., x.)*

Marta, Marta, muy cuidadosa estás, y en muchas cosas te fatigas. En verdad una sola es necesaria.

Dichosos aquellos de entre los discípulos que se encontraron con Jesus sobre el monte Thabor. Aunque simples viajeros en la tierra, pudieron, en la contemplacion de su Maestro transfigurado, disfrutar de un ensayo anticipado de la beatitud de los elegidos habitantes de los cielos.

Despues de esto nada tiene de extraño que Pedro, olvidando el mundo y sus bienes, las pasiones y sus intereses, la vida corporal y sus dulzuras, no desease, no pidiese otra cosa más que vivir en aquella bienaventurada montaña en presencia y en compañía de Jesucristo. « ¡ Señor, aquí se está bien! » (1).

Es decir, que Pedro, con ese instinto religioso de fe y de amor, don del divino Padre, habia como adivinado la preciosa doctrina que más tarde el Hijo de Dios reveló á los hombres en la casa de Marta y de Magdalena, cuando con voz severa y magistral pronunció estas palabras : « Marta, Marta, muy cuidadosa estás, y en muchas cosas te fatigas. En verdad una sola es necesaria: María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada. »

Hoy me propongo explicar ese lenguaje breve, sentencioso, así como las circunstancias que lo acompañaron, y mostraros cómo, bajo la alegoría y la parábola de lo *único necesario* y de la

(1) Domine, bonum est nos hic esse. (*Matth.*, xvii.)



*mejor parte*, Jesucristo nos ha revelado la misma doctrina que Pedro proclama con su conducta sobre el Thabor. Hé aquí esta doctrina : la única cosa importante y necesaria para el hombre es la union íntima, la familiaridad con su Dios por la gracia en esta vida y por la gloria en la otra. Espero, al indicaros los medios de conseguirlo, excitaros á la adquisicion de esta union divina, que es la beatitud, porque, dice San Agustin, se adquiere en esta vida y se completa en la eternidad, donde jamas nos será quitada (1).

PRIMER PUNTO. Marta y Magdalena eran, dice San Agustin, doblemente hermanas por los lazos de la sangre y por la conformidad de sentimientos y de religion (2). El Evangelista nos dice que Nuestro Señor entró en un pueblo, y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa (3). Pero el Evangelista, al añadir en seguida que Marta tenía una hermana llamada María (4), nos ha dado á entender suficientemente que las dos dieron hospitalidad al Hijo de Dios con la misma veneracion, con la misma piedad y el mismo amor. ¡Oh hermanas fervientes! exclama San Agustin. Cuando acogieron en su casa á Jesucristo, fueron las criaturas las que recibieron á su Creador, las siervas á su Señor, las enfermas á su Salvador (5).

María, segun San Gregorio y la constante tradicion de la Iglesia, era pecadora, la pecadora Magdalena. Pero como, por una contricion sincera, por una conversion perfecta, habia ya recibido á Jesucristo en su corazon, se consideraba entónces doblemente dichosa de recibirlo en su casa. De esta casa, segun el venerable Beda, habia sido desterrada toda iniquidad, toda huella de pecado; por el solo hecho de la entrada de Jesucristo; puesto que siendo Jesucristo la Santidad por esencia, no puede cohabitar con el pecado en una misma mansion, en un mismo corazon. No habia, pues, allí más que dos almas puras y santas : Marta,

(1) In presentí vita augetur, in altera perficietur et nunquam auferetur. (S. Aug.)

(2) Ambæ non solum carne, sed et religione germanæ. (Ibid.)

(3) Intravit Jesús in quoddam castellum; et mulier quædam, Martha nomine, excepit illum in domum suam. (Luc., x.)

(4) Et huic erat soror nomine Maria. (Luc., x.)

(5) Suscepit creatorem creatura, famula Dominum, ægra salvatorem. (S. Aug.)

que tenía el mérito de una inocencia conservada sin mancha, y María, que tenía la gloria de una penitencia generosa y ejemplar (1).

Luego Jesucristo, en la casa de Marta y Magdalena, es Jesucristo que, con tanto abandono como condescendencia, se establece, se complace, encuentra sus delicias, tanto en el corazon inocente como en el corazon penitente. Pero bien que el Salvador, al hacerse hombre y tomar la forma del esclavo, hubiese tenido necesidad de un alimento terrestre y hubiese querido ser alimentado por sus mismos siervos, no lo hizo tanto, dice San Agustin, por necesidad de condicion como por condescendencia de su amor (2).

Como Jesucristo daba á los hombres lo que podia servirles de alimento, entró á casa de Marta, más bien que para comer, para darle á ella en su gracia un alimento espiritual y divino (3), y por eso, mientras Marta se cuidaba de preparar la comida (4), María fué á sentarse á los piés del Salvador para escuchar las palabras de vida que salian de su boca (5). Es decir, añade San Agustin, que mientras Marta no se preocupa más que del cuidado de alimentar corporalmente á Jesucristo, María sólo piensa en alimentarse espiritualmente (6); y en tanto que Marta prepara al Señor un banquete terrestre, María, sentada á los piés de Jesús, es dichosa; suspendida á sus labios, se encuentra en el colmo de la felicidad, como admitida á un banquete celeste (7). Así Marta, con más sencillez que penetracion, sin comprender nada del misterio del amor de Jesucristo, que se complacia más en alimentar las almas que en ser alimentado, más en hacer bien

(1) Intrante Jesu in domum vita iniqua etsi aliquando fuerat aufugit, et remanent duæ vitæ innocentes. (Vener. Beda.)

(2) Accepta forma servi, in illa à servis pasci voluit dignatione, non conditione. (S. Aug.)

(3) Suscepit spiritu pascenda, in carne pascendum. Ipse quo pasci voluit pascenti præstitit. (S. Aug.)

(4) Martha sollicita erat circa frequens ministerium. (Luc., x.)

(5) Quæ etiam sedebat secus pedes ejus et audiebat verba illius. (Ibid.)

(6) Intenta erat Martha quomodo pasceret Dominum; intenta erat Maria quomodo pascetur à Domino. (S. Aug.)

(7) A Martha convivium Domino parabatur, in cujus convivio Maria jam delectabatur. (Ibid.)



que en recibirlo, en amar que en ser amado, dijo á Jesucristo: «Señor, ¿cómo no os cuidais de mí que me ocupo exclusivamente de Vos? ¿Por qué es esto? Discurrís con mi hermana y no fijáis la atención en mí, que tengo que ocuparme de todo y hacerlo todo. Decidle que venga y me ayude» (1). Á lo cual el Señor respondió con gravedad: «Marta, Marta, estás muy cuidadosa y preocupada de cosas inútiles. En verdad te digo que una sola cosa es necesaria. María, á quien acusas, lo ha comprendido mejor que tú: ha elegido de dos ocupaciones la mejor, aquella cuyo mérito es grande, inmenso, eterno» (2).

¿Pues qué, Marta, que tan solícita se muestra por Jesucristo, ha merecido ser así reconvenida? ¿Condena el Señor, cuando se practica con su misma Persona, la hospitalidad y la caridad, cuya práctica ha recomendado con los pobres, prometiendo recompensarla como si se practicase con Él mismo? (3).

No, dice Theophilacto, el Señor, al hablar así, no ha condenado la hospitalidad; pero ésta, tal como María la entendía y la practicaba, la hospitalidad inquieta, la caridad que se apresura demasiado á prodigar sus cuidados al hombre y que, llegando á ser un objeto de disipación, haría olvidar el comercio íntimo y la unión con Dios (4).

¿Pero cuál es este único necesario que Jesucristo proclama como cosa que debe ser buscada á cualquier precio y á costa de cualquier sacrificio, y que dió á Magdalena inmortales y eternas ventajas? (5). Ciertamente no es ninguna criatura, porque toda criatura es múltiple, y preocuparse de ella es preocuparse de muchas cosas, según la palabra de Nuestro Señor: *Erga plurima*. No hay en la criatura, añade San Agustín, nada de singular y de único, porque la criatura es carnal, temporal, contradictoria, diversa, y, aunque buena, no es ménos fugitiva ni está ménos su-

(1) Quæ stetit et ait: Domine, non est tibi curæ quod soror mea reliquit me solam ministrare? Dic ergo illi ut me adjuvet. (*Luc.*, x.)

(2) Martha, Martha, sollicita es et turbaris erga plurima. Porro unum est necessarium. Maria optimam partem elegit quæ non auferetur ab ea. (*Ibid.*)

(3) Qui recipit vos, me recipit.... Amen dico vobis non perdet mercedem suam. (*Matth.*, x.)

(4) Non hospitalitatem prohibet sed plurimorum turbationem, scilicet abstractionem et tumultum. (*S. Aug.*)

(5) Maria optimam partem elegit quæ non auferetur ab ea. (*Luc.*, x.)

jeta á faltas (1). No, ésa no es la criatura, insiste Jesucristo, porque la criatura es un manantial de inquietudes, de turbación y de ansiedad: *Sollicita es et turbaris erga plurima*. La criatura cambia, nos dice San Agustín, se hace áspera y dura, enojosa, incómoda para sí misma: fuera de su Dios, el hombre no encuentra reposo en ninguna parte (2).

¿Cuál será, pues, esa cosa única y únicamente necesaria al hombre? Para comprender este oráculo tan importante del Señor, es menester que yo descienda á los oscuros abismos del espíritu y del corazón humano. Es menester también que yo interrogue á los sentidos para conocer cuál es la cosa única sin la cual no puede absolutamente pasar el hombre, la cosa que siempre y por todas partes busca y ambiciona; porque allí debe estar justamente lo que debe ser para el hombre lo único necesario.

El Rey profeta dice que el hombre siempre y en todas partes busca á Dios, desea á Dios, aspira á Dios como su único y verdadero bien, como su verdadera riqueza, su tesoro, el centro único de su reposo, de su felicidad, no solamente en el cielo, sino aún en la tierra, no sólo para la eternidad por venir, sino para el tiempo presente. Nos ha dicho que sus sentidos, su carne, su cuerpo todo, lo mismo que su corazón, se estremecen con un afecto de impaciencia por unirse á ese Dios, vivo sólo por Sí mismo, principio sólo de la vida (3). Es decir, que el hombre busca á su Dios con toda su inteligencia, con toda su alma y aún con todos sus sentidos.

De hecho lo busca y tiende hácia Él con todas las facultades de su inteligencia, porque por la inteligencia el hombre tiende necesariamente á Dios, está en relación con Dios. Para convenirse de esta verdad, basta observar que los hombres; ya vivan en el seno de la civilización ó en la más completa barbarie, en la más elevada esfera de la más pura religión ó en las tinieblas de la superstición más corrompida, en todos tiempos, en todas

(1) Multa sunt, quæ diversa sunt, quia carnalia sunt, quia temporalia sunt, et si bona sunt, quia transitoria sunt. (*S. Aug.*)

(2) Versa et reversa, dura sunt omnia, et tu solus requies. (*Ibid.*)

(3) Quid mihi est in cælo, et à te quid volui super terram? Deus cordis mei et pars mea, Deus in æternum. Caro mea et cõr meum exultaverunt in Deum vivum. (*Ps.* LXXXIII.)



partes, en todos los estados y en todas las condiciones posibles, tienen siempre de Dios una idea fija, inmutable y firme.

En los diversos pueblos del mundo Dios es conocido más ó ménos perfectamente, pero es conocido en todas partes; es decir, que la diferencia consiste solamente en el grado del conocimiento, no en la certeza de su existencia. Todos los hombres reconocen esta existencia y la creen con una fe invariable, constante y firme. Lo mismo que la ciencia de la física da á conocer mejor la naturaleza corporal, sus leyes, sus fuerzas y sus propiedades, pero sin dar á los hombres más certeza de la existencia de los cuerpos; así la filosofía y la teología dan un conocimiento más extenso, más razonado de la naturaleza de Dios, del modo de su existencia, de sus atributos, de sus obras; pero no dan una certeza más profunda de su existencia.

La humanidad entera está bajo la posesion de la idea de Dios. Las blasfemias de los ateos son voces aisladas, que no escucha la humanidad sino con horror, viendo pasar á esos monstruos con el mismo espanto que los cometas precursores de grandes calamidades; pero sin cuidado por la idea inmutable de Dios que la domina.

Las ideas de pura invencion, de pura creacion humana, son inconstantes, efímeras; no hacen más que aparecer y desaparecer. Un hombre las introduce en el mundo, y otro las destierra; tienen su cuna en un libro y su sepulcro en una biblioteca. Al contrario, la idea de Dios es inmutable, fija, constante, inmortal en la humanidad entera. Todas las partes del tiempo, todos los puntos del espacio le pertenecen. Esta idea llena el universo, habita en todas partes, donde quiera se encuentra; no hay fuerza que pueda borrarla ni sacrilegio que pueda destruirla.

No solamente la humanidad, sino todo hombre está en relación necesaria con la idea de Dios. El genio en la ciencia, en la literatura, en las artes, ¿qué busca siempre? La verdad, lo sublime, lo bello, lo perfecto, lo infinito; y estas palabras no son más que términos generales y abstractos, bajo los cuales se oculta la grande, la verdadera realidad de Dios. Dios es, pues, el objeto constante y único del genio científico, literario y artístico, al cual se relaciona todo, todo lo sacrifica sin cesar, procura acercársele, se esfuerza por descubrirlo él mismo para revelarlo á los demas. Y cuando pone en tortura su naturaleza y su inte-

ligencia para hacer salir de ella cualquiera cosa que no es Dios, esa cualquiera cosa no es sino un velo diáfano bajo el cual se oculta; Dios está siempre en el fondo de las especulaciones del filósofo, de las rimas del poeta; bajo el pincel, el lienzo ó el cincel del artista; y aún imaginando entónces el filósofo un sistema absurdo, el poeta un canto profano, el artista un falso ídolo, como Dios es la verdad infinita, la infinita belleza, la infinita perfeccion, es menester decir que el hombre, al imaginar su obra, aún sin pensar directamente en Dios, aún desobedeciendo á Dios, aún para hacerle olvidar, no ha hecho más que representar á su pesar algun rasgo de la Divinidad; no ha hecho mas que tomar algo de la idea del bello absoluto, del verdadero absoluto, del perfecto absoluto, de la idea misma de Dios que está grabada en su alma. Estas partes de verdad, de belleza, de perfeccion que ha reproducido en su obra; todo lo que á ésta la hace preciosa y admirable, todo eso, poco ó mucho, habla de Dios, representa á Dios. Á través del razonamiento, la poesía, el color y el mármol, atraviesa la idea de Dios, se hace traslúcida, se manifiesta, parece decir: ¡Héme aquí! *Ecce adsum!*

Muchas veces el hombre, en el extravío de su razon y más aún en la perversidad de su corazón, segun observa el Profeta, con un lenguaje secreto, íntimo, que por pudor se disimula él mismo, pero lenguaje diabólico, infernal y verídico, el hombre se atreve á decir á Dios: Aléjate de mí; no puedo sufrir tus misterios, ni tus mandamientos, ni tu recuerdo, ni tu amor (1). Pero no puede arrojar uno de su casa más que lo que ha entrado, y por eso el hombre no arroja á Dios de su corazón, porque ya se encuentra en él, porque está allí anteriormente á todo otro pensamiento. Dios es la primera idea que brilla en su inteligencia, el primer rayo de luz que le alumbra, y el último que para él debe extinguirse; lo primero que ocupa su inteligencia humana, y lo último que sale de ella. Desgraciada de tí, alma infortunada, inteligencia degradada, si alguna vez á fuerza de sacrilegios, de blasfemias, de esfuerzos furibundos, diabólicos, consigues que Dios se aleje de tí (2)! ¡Por otra parte, cuando un alma osa de-

(1) Dixerunt Deo: Recede à nobis; scientiam viarum tuarum nolumus. (*Job*, XXI.)

(2) Væ eis cum recessero ab eis. (*Oz.*, IX.)



cirle á Dios: ¡Alejaos de mí! *Recede à me!* prueba que la presencia de Dios está siempre ante ella, que la encuentra en todas partes como un espectro importuno, y que por más que se esfuerce en evitarla, siempre la encuentra delante de sus ojos. Por eso dice: Nada quiero contigo: *Nolumus!* Responde á su palabra, que se hace oír sin cesar; lo confiesa por su negacion misma, hasta por su blasfemia, y casi me atreveria á decir que lo adora como al Sér necesario, primitivo, inseparable de la misma inteligencia que lo rechaza, del mismo pensamiento que le huye.

Esta relacion necesaria, indestructible entre el espíritu humano y Dios, era reconocida por otro Profeta cuando decia: ¡Gran Dios, por más que haga, no me es posible separar mi espíritu del vuestro; no encuentro asilo donde refugiarme para sustraerme á vuestra presencia (1)! Si en el orgullo de mi pensamiento me elevo más allá de las esferas celestes, si en la bajeza de mis afeciones descendo hasta el fondo de los infiernos, mi alma, huyendo, siempre os encuentra (2).

Ave vanamente temeraria, llevada en alas de mi ligera imaginacion, voy recorriendo la tierra y los mares para detenerme en las extremidades del mundo. Y cuando he creido viajar solo, me apercibo de que es vuestra mano la que me ha conducido; cuando creo haberme separado de Vos, me encuentro á mi pesar en vuestros brazos (3). Algunas veces deseo que las tinieblas envuelvan mi inteligencia, y como una delicia invoco la noche para que me oculte á vuestra mirada. Busco, llamo á esa noche funesta con el mismo afán que se busca la luz, con la misma impaciencia del que suspira por el dia (4). ¡Todo es en vano! Esas tinieblas que creo voluntariamente, no os ocultan; arrojada de un lado, vuestra imágen se presenta en otro; relegada de la inteligencia, surge del fondo del corazon; comprimida en el corazon, se presenta en la inteligencia; y entre las tinieblas de mis

(1) Quo ibo à spiritu tuo? et quo à facie tua fugiam. (*Ps. cxxxviii.*)

(2) Si ascendero in cœlum, tu illic es; si descendero in infernum, ades. (*Ps. cxxxviii.*)

(3) Si sumpsero pennas meas diluculo et habitavero in extremis maris, etenim illuc manus tua deducet me, et tenebit me dextera tua. (*Ibid.*)

(4) Et dixi: forsitan tenebræ conculcabunt me; et nox illuminatio mea in deliciis meis. (*Ibid.*)

errores, me veo obligado á contemplaros y á veros como á la luz del dia (1).

No solamente el hombre tiende necesariamente á Dios por su inteligencia, sino por su corazon; aspira necesariamente no sólo á conocerlo, sino tambien á amarlo; no solamente tiene la idea, sino tambien el amor apasionado á Dios innato en él. Y en efecto, semejante al hidrópico que tiene más sed cuanto más bebe, el hombre aspira más á gozar cuanto más goza. ¿Qué esfuerzos no hace, qué artificios no emplea, qué estratagemas no inventa para prolongar los instantes de satisfaccion y de placer? No le basta gozar de tiempo en tiempo, sino gozar siempre. Aunque obtenga todo lo que desea, todo lo que pide, no se satisface. Sus deseos no tienen limite; semejantes al fuego, á medida que son satisfechos se inflaman hasta el infinito. El mundo entero no puede llenar el vacío inmenso de su voluntad ni apaciguar la infatigable actividad de sus deseos. ¿Por qué del placer que experimenta en lo presente se lanza con tanta ansiedad hácia los placeres que puede disfrutar en lo por venir? ¿Por qué en la ilusion de su deseo entreve en todo bien lejano algo de infinito? En una palabra, todo lo que es pasajero y finito, le disgusta, le importuna y le enoja. Lo quiere todo, y lo quiere para siempre. Aspira á un bien infinito en extension, eterno en duracion. Y como el bien infinito en extension y eterno en duracion no es otro que Dios, resulta que el hombre, con una inclinacion natural, necesaria, indestructible, tiende continuamente á Dios, lo busca, lo quiere, lo desea. La tendencia necesaria que tenemos hácia todo lo que es verdadero, no es más que el síntoma de la tendencia necesaria de nuestro corazon hácia Dios. Lo mismo que es á Dios, soberana verdad, á lo que aspira en todo lo que desea conocer, es tambien á Dios, soberano bien, á lo que aspira en todo lo que se pone á amar (2). En los mismos placeres que lo degradan, no busca más que el bien infinito, que es infinita perfeccion. En la union con las criaturas, no busca implícitamente más que la union con el Creador. En todo lo que proyecta y se esfuerza por obtener, áun en lo que ofende á Dios, es siempre Dios el

(1) Quia tenebræ non obscurabuntur à te; et nox sicut dies illuminabitur, sicut tenebræ ejus ita et lumen ejus. (*Ps. cxxxviii.*)

(2) Cognoscunt in omni cognito, adamant in omni amato.